

dre de Chantal muy vehemente, ¡con qué términos tan inflamados le hablaría, sobre todo en la segunda peste, para aguijonear su celo y excitar su caridad! San Vicente de Paúl se decidió al fin, y puso manos á la obra hacia 1634, es decir, al cesar este grande azote, cuya historia acabamos de referir. Veinte años habían madurado la idea de la Madre de Chantal; dos epidemias, una tras otra, acabaron de hacerla popular. Cuando la puso en práctica San Vicente de Paúl, ya no encontró obstáculos; y pocas instituciones han dado nunca más gloria á su autor y honrado más á la Iglesia, aun á los ojos de sus enemigos, que el hermoso Instituto de las Hijas de la Caridad. Pero humilde siempre en medio del éxito feliz de sus empresas, San Vicente de Paúl no cesaba de decir que la primera idea de este Instituto no le pertenecía; que se debía á la fundadora de la Visitación; y hablando á sus Hijas de la Congregación naciente, le gustaba darle un nombre característico: la llamaba *la herencia de la señora de Chantal* (1).

Así, en su vejez, nuestra gran Santa tuvo la felicidad de ver crecer el árbol que había querido plantar en su juventud. Vivió bastante tiempo para percibir sus primeros perfumes, gustar sus frutos y entrever su magnífico desarrollo. Y si alguna vez le vino el pensamiento de que este hermoso árbol había sido plantado por otras manos que las suyas, creo que para un alma tan humilde, debió de ser una dicha y un consuelo más.

(1) *San Vicente de Paúl, su vida, su tiempo, sus obras, etc.*, por el señor Abate Maynard, 4 vols. en 8.º, París, 1860.



CAPÍTULO XXVI

La venerable Madre de Chantal trabaja activamente en la canonización de San Francisco de Sales. — Publicación general de sus escritos.—Reconocimiento de su sepulcro.

—
1630—1632

Poco ha oíamos decir á la Madre de Chantal que si la peste no hiciese sufrir al pueblo, hubiera deseado que este tiempo durase siempre, porque no había tenido una temporada igual desde que había entrado en la religión. Esta alma tan amante de la soledad y del silencio, que todo lo había dejado para vivir oculta á la sombra de los altares, y que hacía veinte años se veía condenada á perpetuos viajes, abrumada por una numerosa correspondencia de todos los puntos de Europa, y cargada de negocios más que mujer alguna en el mundo, acaba, por último, de tener algunos momentos de tranquilidad. Las visitas, los locutorios habían cesado casi enteramente durante la peste; las cartas eran muy raras, las fundaciones y los viajes imposibles. Entre las obras inmensas que habían llenado el primer período de su vida religiosa, y las más admirables aún que santificarán el segundo, concede Dios á su sierva una hora de descanso, pero es la única de que gozará en su larga vida esta obrera infatigable.

Cualquiera otra no hubiera considerado como descanso esta parada de un día, en medio de una ciudad

invadida por la peste y cercada de tantos y tan inminentes peligros; pero en el corazón de los Santos el amor es más fuerte que la muerte. Les comunica, con el desprecio de la vida, una libertad de acción, una presencia de espíritu, una serenidad y una paz inalterables, que nadie ni nada puede quitarles. La Madre de Chantal aprovechó este tiempo para entregarse á la soledad, y satisfacer esa sed de silencio y recogimiento que atormenta á todas las almas grandes llamadas por Dios á las cosas exteriores. Lo aprovechó también para acabar ciertos trabajos relativos al Instituto, y que aún no había tenido tiempo de concluir. La revisión última del hermoso libro de las *Respuestas*, de que hemos hablado, tiene la fecha de esta época. De esta fecha es también la conclusión de una obra en que trabajaba hacia largo tiempo, y que por espacio de diez años la había preocupado extraordinariamente, siendo el objeto de sus incesantes trabajos, y que consideraremos ahora en general.

Esta obra era la canonización de San Francisco de Sales. Entre otros resultados, había tenido la peste el de revelar al mundo el poder del Santo Obispo de Ginebra, y la justa confianza que en él tenía el pueblo cristiano. En cuantas partes se presentaba el azote se veía á los pueblos enteros correr, no á sus altares, porque aún no los había, sino á su sepulcro; á sus reliquias, á sus retratos. En Grenoble, en cuanto se advirtieron los primeros síntomas del mal, la Madre de Beaumont, llena de confianza, puso el retrato de San Francisco de Sales en las puertas del convento. En Cremieux, la Madre Ana María de Rosset, no se dirige sino á su Santo Fundador, y hace voto de enviar á su sepulcro una casita de plata. En Nevers, todas las Hermanas fueron á besar las hojas de un breviario que había sido de San Francisco de Sales, persuadidas de que con esto tendrían una salvaguardia infalible. Lo mismo sucedió en Lyon, en Mou-

lins, en Crest, en Valence, en todas partes el nombre del Santo Obispo, su imagen pegada en la pared, su recuerdo constante en los corazones, se consideraban como uno de los mejores preservativos contra el azote.

Y no eran solamente las religiosas las que pensaban así. En Lyon no bastaban las Hermanas para distribuir á los atemorizados pueblos pedacitos del lienzo que había tocado á su santo cuerpo. En Orleans, la Madre de la Roche puso en agua una reliquia del bienaventurado, y fue tal el gentío que venía á pedir de esta agua, que mientras duró la peste se gastaba más de un tonel al día. En Crest y en Cremieux, el mismo Corregidor y el Ayuntamiento vinieron á la iglesia de la Visitación para hacer en nombre de la ciudad, voto solemne de ir en peregrinación al sepulcro del bienaventurado Francisco de Sales, si alcanzaban por su intercesión que cesase el azote.

Frecuentemente, en medio del espanto que en todas partes causaba la aproximación del terrible castigo, se veía á los pueblos enteros prometer la fundación de un monasterio de la Visitación, y aun ir muchas veces á buscar en las poblaciones próximas á las Hijas de San Francisco de Sales, y traerlas á la fuerza á su ciudad, persuadidos de que serían un preservativo y un talismán contra la epidemia, por la virtud de su bienavendo Padre. En Arlés, para no citar sino un solo ejemplo, se había llamado á las religiosas de la Visitación para que reformasen un monasterio de Clarisas, que había decaído completamente de su observancia; pero habiendo sobrevenido diferentes obstáculos, no habían podido instalarse en él, é inciertas sobre quedarse ó volverse á Aix, de donde habían venido, se vieron en la precisión de tomar en alquiler una casita situada á las puertas de la ciudad. De repente se desarrolló la peste y empezó á hacer estragos en la ciudad, á pesar de las prudentes precauciones de los magistrados, cuando un

hombre empezó á recorrer la ciudad gritando: «Señores de Arlés, vosotros que tenéis tanto cuidado de vuestros conciudadanos y tenéis tan buena policía, haced de Santa Clara un asilo de santidad, estableciendo en él á las Hijas de Santa María.» Estas palabras cundieron por todas partes, y como en tiempo de peste los pueblos asolados acogen con ansia toda esperanza de salvación, no resonó ya en la ciudad sino un solo grito: «¡Á Santa Clara las Hijas del bienaventurado Francisco de Sales!» El Arzobispo que las había llamado, los magistrados que se habían opuesto largo tiempo á su instalación y el pueblo, sobre todo, fueron á rogar á las Hermanas que viniesen inmediatamente á Santa Clara, y las instaron tan vivamente, que antes de concluirse el día llegaban al convento escoltadas, como en triunfo, de un inmenso gentío. Poco después cesó el azote, y el pueblo vino alrededor de la casa dando gritos de alegría, y diciendo que no se necesitaban mayores milagros para convencerse de lo mucho que amaba Dios al bienaventurado Obispo de Ginebra (1).

Por lo demás, San Francisco de Sales no había esperado hasta este momento para revelar al mundo la gloria de que gozaba, y á su querida Visitación el amor que le tenía en medio de los esplendores celestiales á que había subido. El mismo día de su muerte, diez años antes de los sucesos que ahora referimos, comenzó una serie de revelaciones y hechos prodigiosos, que se repetían sin cesar en mil lugares diferentes.

No se habrá olvidado que estando la Madre de Chantal en Grenoble haciendo oración en el momento en que San Francisco de Sales espiraba, oyó una voz que le decía: «Ya no existe.»

El mismo día, en Annecy, la buena Hermana Ana Jacobina Coste, habiéndose puesto en oración, se vió de

(1) *Fundación inédita de Arlés*, pág. 355.

repente rodeada de una claridad que la llenó de temor, haciéndola creer había fuego en la casa. Pero á esta turbación sucedió bien pronto una paz inefable, y oyó distintamente estas palabras: «Nos llevamos el alma de tu Padre; alaba á Dios.» Al instante desapareció la claridad, y á los rayos de esta luz, que se desvanecía, tuvo tiempo de reconocer en el que acababa de pronunciar estas palabras, al mismo ángel que había servido de sacristán á San Francisco de Sales cuando este Santo Obispo le dió la Comunión en Ginebra (1).

El mismo día también, en el monasterio de Saint-Etienne, la Hermana María Antonia Copier iba al locutorio, y de repente, arrebatada en éxtasis, vió á San Francisco de Sales coronado de gloria y subiendo al cielo. Le contemplaba con admiración, y en el mismo momento le vió extender los brazos hacia Saint-Etienne, bendecirle, y exclamar: «¡Oh! de aquí á tres años ¡qué digna de verse estará esta casa!» En el monasterio de Saint-Etienne no había entonces más que dos ó tres novicias; tres años después, la comunidad era tan numerosa, que la casa, reedificada y mucho más grande, no era bastante capaz para contenerla (2).

En Nevers tenían las Hermanas un breviario viejo de San Francisco de Sales, que le habían cambiado por uno nuevo para guardar aquél como reliquia. El día mismo de la muerte del Santo, este breviario se abrió de repente por sí mismo, y principió á exhalar los más suaves aromas. Estos celestiales olores duraron dos años, y de cuando en cuando perfumaban la casa con una fragancia tan penetrante, que se percibía en los locutorios con tanta fuerza que embriagaba (3).

Igual prodigio se repitió en Moulins el año siguiente.

(1) *Vidas de las primeras Madres*, tomo II, pág. 360.

(2) *Fundación inédita de Saint-Etienne*, pág. 547.

(3) *Fundación inédita de Nevers*, pág. 148. Véase también las *Vidas de algunas Superiores*, en 4.º, pág. 59.

El 28 de Diciembre de 1623, día de los Santos Inocentes y aniversario de la muerte del Santo Obispo, estaban las Hermanas en la recreación y hablaban de sus virtudes, cuando de repente se llenó el cuarto en que estaban reunidas de un olor tan fuerte y tan suave al mismo tiempo, que no se podía definir ni comparar con nada. Se esparció por todo el monasterio, embalsamó las celdas, las oficinas, y no exceptuó ningún lugar, sino el cuarto amueblado con lujo en que vivía la señora de Morville, de quien hemos hablado antes (1). Informada de lo que pasa, acude á la sala de comunidad para gozar de este inexplicable perfume, pero en vano; á medida que se acerca, el santo olor se retira y parece huye de ella. Este duró muchos meses lo mismo, sin que la bienhechora participase nunca de esta gracia, hasta que después, habiendo vuelto en sí, conociendo sus extravíos, se entregó á una vida penitente y se hizo capaz de gustar las cosas de Dios (2).

En Lyon, las Hermanas obligadas á enviar á la ciudad de Annecy el cuerpo de San Francisco de Sales, que hubieran querido conservar en su capilla, se reservaron su corazón. Le habían colocado bajo un dosel en un magnífico relicario de oro que les había regalado Luis XIII, milagrosamente curado al tocar aquel santo corazón, y todos los días velan llegar á los Reyes, á los Príncipes, á los Obispos y á un inmenso concurso de pueblo que se agrupaban alrededor de esta preciosa reliquia, y alcanzaban así las gracias más singulares. Salía continuamente de este corazón un licor tan dulce

(1) Véase el cap. XXII, pág. 126.

(2) *Fundación inédita de Moulins*, pág. 88.—Creemos inútil discutir la autenticidad de estos hechos. Haremos únicamente notar que los hemos visto referidos en documentos contemporáneos por los mismos testigos oculares, y que la relación de estos hechos fué examinada y aprobada por la santa Madre de Chantal. Añadiremos que en el Proceso de canonización muchas personas declararon acerca de estos hechos bajo la fe del juramento.

que se parecía á un aceite perfumado. Encantado el pueblo con estas maravillas, cambió el nombre de religiosas de la Visitación de Lyon, y no las llamaba más que las *Hijas del Corazón*.

Sin embargo, en ninguna parte mostraba San Francisco de Sales con más amor que en Annecy la vida divina de que gozaba en el cielo. Se advertían en el monasterio olores celestiales. En vano la Madre de Chantal mandó expresamente á todas las Hermanas, y particularmente á la sacristana, que no usase perfumes de ninguna especie; los claustros, los tránsitos, el coro, los oratorios, estaban sin cesar llenos como de bálsamos suavísimos: parecía como una unción celestial que descendía de las cosas sensibles y elevaba las almas á Dios (1).

Otros hechos atestiguaban también en Annecy la santidad del bienaventurado. Hacía diez años que la capilla en que se había depositado su santo cuerpo, bajo una sencilla losa que ni aun inscripción tenía, estaba siempre llena de peregrinos que la tapizaban con sus exvotos. Los Príncipes, los grandes señores y las personas ricas, ofrecían lámparas de plata sobredorada, cabezas, pies y corazones de oro y plata. Los pobres traían al sepulcro cáñamo, puñados de trigo y pollitos; cosas tan tiernas y de tanto consuelo, que los ojos se llenaban de agua viendo la piedad de estas buenas gentes (2).

Muchos sacerdotes venían también de diferentes partes de Saboya, Francia y aun Italia, para tener la dicha de celebrar sobre el santo sepulcro; y como eran tantos, fué preciso poner dos altares en la nave y abrir

(1) La santa Madre de Chantal dió su declaración acerca de estos hechos bajo la fe del juramento. (Véase su declaración en el Proceso de canonización de San Francisco de Sales, art. 54.)

(2) *Fundación inédita de Annecy*, pág. 33.

otras dos puertas, para dar libre paso á la afluencia de peregrinos.

Nadie gozaba tanto como la Madre de Chantal con estas manifestaciones espontáneas de la veneración pública, y nadie deseaba más sostenerla y propagarla, haciendo conocer y amar más y más al gran Santo que era objeto de ellas. Así, no contenta con repartir á los peregrinos ejemplares de la *Vida devota*, y enviarlos á Francia, Italia, y aun á Alemania y el Canadá; no contenta con haber hecho reimprimir el tratado del *Amor de Dios*, y haberle enviado á los monasterios, empezó á dar activos pasos para encontrar sus cartas, sus sermones y opúsculos de piedad, á fin de dar á luz la primera y auténtica edición de sus obras: verdadero modo de revelar su talento, su verdadera y extraordinaria virtud.

Una carta, no publicada hasta ahora, demuestra la profunda veneración que la inspiraba su santo director, el olvido de sí misma, y la profunda humildad con que trabajaba en esta obra, y en qué punto de vista se colocaba para mandar hacer esta primera edición de las obras de San Francisco de Sales. Esta carta está escrita al Comendador de Sillery, que había querido dirigir este trabajo.

«Mi muy venerable Padre: Os envío otra porción de papeles que hemos podido encontrar de nuestro bienaventurado Padre, dignos, me parece, de que los veáis. Hallaréis en ellos muchas cosas que os llenarán de consuelo, y que os harán amar y admirar más y más la abundancia del espíritu de Dios en esta pura y hermosa alma... Encontraréis treinta y cuatro cartas, que con las cinco que os mandamos antes, hacen treinta y nueve. Las hay admirables, que prueban la devoción de este Santo, su espíritu de fortaleza y de sabiduría en las persecuciones que procedían de los Príncipes, las cuales sometemos á vuestro examen para que digáis si deben publicarse: contienen preciosos datos que podían

ser muy útiles si fuesen conocidos. Ved si se pueden imprimir, cambiando algunas palabras por las cuales es fácil conocer á la persona á quien van dirigidas, así como á aquella de quien se habla. Se ha encontrado en una maleta vieja que tenía un rótulo que decía *Recibos antiguos*, una explicación del *Cantar de los cantares*; yo creo que ésta debe de ser una de sus primeras obras, las cuales se habían extraviado, porque no me acuerdo haberle oído nunca hablar de ella. Hay dieciocho sermones de los primeros que predicó, y me parece están enteros, ó á lo menos les falta muy poco. También van quince cuadernos, que son memorias de Sermones en compendio; sólo el principio está expresado, y lo siguiente, por puntos. Todos estos cuadernos están escritos por su bendita mano, y el *Cantar* también. Me parece que estos documentos, juntos con sus hermosas Epístolas, harán valer mucho el grueso volumen que se quiere hacer de todas las obras de nuestro bienaventurado (1).»

¿Por qué un pesar amargo ha de envenenar estos recuerdos? Registrando de este modo todos los papeles del bienaventurado, encontró la Madre de Chantal un legajo en que el Santo tenía reunidas, puestas por orden y anotadas por su mano, todas las cartas que ella le había escrito cuando vivía en el siglo, y las que le había dirigido desde el claustro. Asombrada y confusa con las expresiones de admiración que el bienaventurado había escrito en el margen, vertió torrentes de lágrimas, y echó al fuego este precioso paquete. Volvió á leer con sumo cuidado todas las cartas del Santo, y borró sin duelo todo lo que la tocaba. No pudo, sin embargo, evitar que el sentimiento de veneración con que el Santo la miraba, apareciese aquí y allá; pero entonces su dolor se manifestó con su humildad. «Ciertamen-

(1) Edición Barthélemy, *Cartas inéditas*, pág. 23.

te—escribe al Comendador de Sillery—el corazón se me parte sabiendo ciertas cosas que el bienaventurado dice de mí en algunas de sus epístolas, y me ha dolido mucho ver la opinión que de mí tenía en aquel tiempo, comparándola con el estado en que hoy me encuentro, que es el de una completa pobreza y miseria; por lo cual tengo grandísima necesidad del socorro de vuestras santas oraciones, mi muy querido Padre, y así os las pido en nombre de Dios, y también las del Rdo. P. General del Oratorio, y las del Sr. Vicente. Que todos me hagan, os ruego, esa caridad, porque tengo mucha necesidad de oraciones» (1).

También se disgustó mucho cuando vió que en la primera edición de las cartas se habían puesto y conservado todos los testimonios del santo y profundo afecto que el bienaventurado la tenía. «¡Oh Dios mío! Mi muy queridahija—escribe á la Madre de Blonay,—ya no me fiaré nunca de nadie para revisar los escritos de vuestro bienaventurado Padre; yo misma lo haré, y muy exactamente, os lo aseguro, porque tengo mucha pena de que hayan dejado en las cartas tantas palabras de afecto: el mundo no es capaz de comprender la incomparable pureza de la dilección de este Santo. ¡Oh Dios mío! Es menester pasar todo esto en paz; sin embargo, enviadme á decir si corrigiéndolos yo, les quitaría y haría perder algo; pero enteraos, y consultad sobre ello á persona muy capaz» (2).

Felizmente las personas con quienes se consultó, sabiendo que este incomparable afecto llegaría á resplandecer necesariamente con tanta luz que deslumbraría al mismo mundo, se opusieron á que se quitase nada. «Ayer—escribe poco después la Madre de Chantal á la Madre de Blonay—hablaba ya sobre el asunto

(1) Edición Barthélemy, *Cartas inéditas*, pág. 23.

(2) Edición Migne, pág. 1.198.

al Sr. Presidente de esta ciudad, que es hombre sensato y de buen juicio, y me dijo que si quitaban de las cartas las palabras afectuosas, se quitaba también el espíritu de nuestro bienaventurado, y que él no había encontrado nada que deba suprimirse. En fin, hija mía, cada uno tiene su gusto» (1).

Al mismo tiempo que preparaba de este modo la primera edición de las obras de San Francisco de Sales, se ocupaba también en hacer escribir su vida. Al efecto, se dirigió á todas las primeras Madres de la Visitación, sobre todo á la Madre de Blonay, que había sido la confidente de sus últimos pensamientos, pidiéndolas á todas que pusiesen fielmente por escrito lo que se acordasen del Santo Obispo, para que estas notas, redactadas por testigos oculares, pudiesen servir para la historia del bienaventurado; y encargó este trabajo al Ilmo. Sr. Carlos Augusto de Sales, sobrino del Santo, y al P. de la Rivière, religioso Mínimo, dotados los dos de una imaginación rica, de amable sinceridad, y tiernamente devotos de aquel cuya historia iban á escribir. Mientras que trabajaban en esta obra, la Santa les ayudaba con sus consejos, les contaba minuciosamente los hechos que había presenciado, volvía á leer con ellos en el locutorio los diferentes capítulos que iban escribiendo, y no contenta con encomendarles á Dios en sus oraciones, escribió una circular para pedir á todas las casas de la Orden una Comuni6n general con este objeto. Y todo esto, porque conocía perfectamente lo difícil que es escribir la vida de los Santos, y cuánto se necesita del socorro de lo alto para tratar de contar las misteriosas operaciones de Dios en el corazón de los escogidos. «¡Oh!—decía—si Dios no envía sus luces, nunca será posible alabarlos como es justo» (2).

(1) Edición Migne, pág. 1.225.

(2) Id., 1.223.